

El individuo libertario

Flores-d'Arcais, Paolo

Paolo Flores d'Arcais: Filósofo italiano, director de la revista MicroMega, Roma.RE :Para reinventarse, la Izquierda debe decidirse por el individuo en tanto principio fundamental. Las Ideologías de la diferencia anulan la diferencia. El multiculturalismo es una pura ilusión. A tales ideologismos se contraponen la revolución liberal permanente.

La izquierda está en crisis en todo el mundo. Por suerte, el término «crisis» es ambivalente, tanto en medicina como en la China. Clínicamente, significa el punto culminante que puede provocar el empeoramiento definitivo pero también la recuperación hacia la curación. En la escritura del imperio celeste, el término crisis comprende dos ideogramas que corresponden a «oportunidad» y «peligro», respectivamente. Por desgracia, hoy día es obvio el sentido en que debe interpretarse esta palabra cuando se habla de la izquierda. Sin embargo este sentido no es definitivo, siempre y cuando se escoja la vía difícil del análisis y no la engañosamente cómoda de la conjura.

En los años 80, la cultura de izquierda experimentó en un primer momento, y después avaló, la moda que declaraba obsoleta la contraposición derecha-izquierda, mientras se trataba de reinventar la identidad propia. El resultado fue que el imaginario colectivo siguió identificando a la izquierda con los regímenes totalitarios del Este, o con las políticas de los partidos socialdemócratas que ocupaban el poder en Europa. Con este trabajo de omisión, y con la ilusión de mostrarse «moderna», actualizada y tal vez posmoderna, la izquierda terminó así oxigenando sus imágenes más deterioradas, o a decir verdad, repugnantes, publicitadas por sus enemigos, lo que dio lugar a una paradoja culpable e imperdonable.

El origen de lo anterior reside en haber permanecido ciegos ante lo siguiente: en los años 80, la izquierda, tanto en la cultura como en la praxis (y en la praxis de gobierno como en la de oposición), ni siquiera sospechó que un verdadero y auténtico eclipse de democracia estuviera arremetiendo contra las instituciones representativas de Occidente, aunque en distintos grados, y que tal era el nuevo problema, el banco de prueba crucial para un pensamiento crítico y para una fuerza política de cambio, incluso desde la óptica de la Justicia social o desde el punto de vista de los intereses materiales de los más débiles. Simple y llanamente, se negó el fenómeno o, en el mejor de los casos, se subestimó en exceso.

Sin embargo ya a finales de los años 70 Václav Havel analizaba con lucidez, hablando de las democracias occidentales, «el conjunto estático de partidos políticos de masas, en mohecidos, conceptualmente prolijos en frases altisonantes, que actúan políticamente sólo en su propio beneficio, que les quitan a los ciudadanos cualquier responsabilidad concreta dominándolos con su militancia profesional (nota del autor: en el campo del poder y la política)». Conste que esto apareció en un texto contra el totalitarismo del Este, escrito en prisión por un disidente presuntamente proclive a resaltar los méritos y ventajas del modelo occidental. Las izquierdas no quisieron ver lo que era evidente para un disidente radical del Este: la forma como el monopolio de la política en manos de un gremio profesional estaba contaminando y sometiendo a una lobotomía a las democracias occidentales, y estaba transformando en ficción la democracia formal y representativa (la única posible, por lo demás), porque es justamente el carácter formal de la democracia lo que sufre cuando la pertenencia política, la relación clientelar, los «santos del paraíso» pesan más que la igualdad de derechos y la igualdad de protección que el Estado (es decir, el ordenamiento jurídico) debería garantizar a cada ciudadano a través de sus funcionarios imparciales. En realidad, el carácter formal de la democracia no es sino este rasgo suyo concretísimo e irrenunciable.

La ciudadanía sustraída

La representación se esfuma cuando el ciudadano nota que se le degradó a súbdito y a cliente de una clase política realmente inamovible, y que puede contar cada vez menos con la seguridad de sus derechos y con la seguridad tout court. Tal representación desaparece cuando el ciudadano siente y sabe que la política se va pervirtiendo en «asunto de ellos», en actividad y monopolio de una corporación atrincherada; cuando siente y sabe que hay cada vez más parecido entre mayoría y oposición (oscuridad donde todos los gatos son pardos, olivo y aceituno todo es uno), extinguiéndose así cualquier poder de elección y control; cuando siente y sabe que el abuso de poder de ellos ya ocupó el lugar de su soberanía delegada. En tales condiciones entonces, el ciudadano vivirá la política como algo cada vez más ajeno, pareciéndole impenetrable en su arrogancia no sólo el gobierno sino también la política como tal.

Se forma así un círculo vicioso. El «ciudadano» (cada vez más entre comillas) oscilará entre la apatía («todos los políticos son iguales») que refuerza ulteriormente a los dueños de la política y la rabia contra todos los políticos. Es inútil asombrarse de que tanta apatía-rabia escoja tarde o temprano canales

populistas e liberales para expresarse, con la ilusión de imponerse. La ciudadanía sustraída, y por ende entregada a la frustración, produce la «servidumbre voluntaria» de una pérdida ulterior de ciudadanía y libera las toxinas de la voluntad de obediencia, terreno abonado para toda tendencia autoritaria.

El eclipse de la democracia representativa se manifestó de manera particularmente virulenta en Italia, originándose un cuasi-régimen en el cual, en realidad, el poder ya no estaba sujeto a la ley, y una hybris de corrupción se había vuelto sistema, y se combatían y marginaban como incómodos a los jueces y periodistas que cumplían con su deber. Sin embargo, en toda Europa la democracia se ve amenazada y sustituida por la partidocracia, es decir por maquinarias partidistas cada vez más parecidas entre sí que monopolizan (en forma conjunta o alterna) la esfera política. En los Estados Unidos se evidencia el mismo eclipse, aunque con el carácter aparentemente opuesto de indignidad de partidos. En ambos casos, los políticos de oficio se conciben como una casta que se reproduce por cooptación y formación de brotes, autolegitimada y autorreferencial, incapaz de representar la voluntad de los ciudadanos.

La izquierda no supo ver esta insensibilización de la democracia representativa que ya era realidad en Occidente, donde el ciudadano la vive como, empobrecimiento concreto de identidad, esperanza y calidad de vida. Y, lo que es más, ni siquiera supo combatirla ofreciendo políticas concretas de radicalización de la ciudadanía. De allí su crisis. De manera pues que el año de 1989 no tiene nada que ver con esto, aunque muchos prefieran imaginarlo así (la caída del muro de Berlín, tal vez, destruyendo con el comunismo también el miedo al comunismo, sólo podía favorecer a las izquierdas occidentales a los ojos de los electores moderados). Es natural que, frente a esta contumacia teórica y ausencia política de la izquierda, el ciudadano se deje embrujar por las sirenas populistas y paternalistas de Ross Perot o Silvio Berlusconi. La necesidad de ciudadanía, aunque se vea frustrada en sus términos auténticos de comunicación simétrica y poder compartido, busca en realidad satisfacción vicaria en la identificación-subordinación con el líder fuerte, con la personalidad autoritaria en quien se delega ilusoriamente la función de vengador de errores y frustraciones. El populismo es el sucedáneo que manifiesta la renuncia a la ciudadanía.

Izquierda significa individuo

Así pues, hay que volver a inventar la izquierda. Al mismo tiempo, la izquierda no tiene necesidad de reinventar absolutamente nada. Izquierda siempre quiere decir,

en efecto, estar del lado del más débil, el más frágil, el más indefenso, el más expuesto, el que corre más riesgos. Si esto es cierto, entonces izquierda significa individuo. Aunque suene paradójico, izquierda debe indicar el ethos que se decide por el individuo, como valor irrenunciable y, por ende, primero. Debe ser la praxis que se compromete a favor del individuo tomado en serio, y que trabaja entonces para aproximársele con fidelidad cotidiana e intransigente. Por consiguiente, equivale a la política que se propone constituir a todos y cada uno de los individuos en entes autónomos, y a entregarles a ellos, de manera irrevocable y no ficticia, el control de las instituciones.

Son dos las apariencias que parecen desmentir este planteamiento. En primer lugar, la tradición histórica e ideológica de la izquierda, que siempre rehusó asumir al individuo como su propia bandera en todas sus diferentes y a menudo contrapuestas tendencias (si se excluyen las de matriz anárquica, rápidamente marginadas). La segunda circunstancia es todavía más decisiva: el individuo parece no sólo el antagonista al que la izquierda criticó sistemáticamente, sino sobre todo el protagonista ya realizado del mundo moderno; el personaje «burgués» que ocupa omnípenetrantemente la escena darwiniana de la sociedad de mercado, y que por ello no debe ser objeto de aproximación alguna, sino que mas bien debe socavarse y desgastarse desde su posición de dominio unilateral, para confiar la sociedad a la armonía de las comunidades solidarias.

Partamos desde aquí, desde la modernidad como supuesta realización del individuo. En realidad, justamente el del individuo es el proyecto eludido por excelencia, que caracteriza la modernidad como la época de los desechos; la época donde la brecha entre los valores solemnemente proclamados y la práctica de los poderes constituidos llega a sus extremos. La hipocresía es la verdad de la modernidad realmente existente, que antepone al individuo pero lo desatiende. De hecho, la tierra prometida del individuo es la diferencia. La diferencia extrema constituida por la existencia única e irrepetible que hace de cada quien un disidente. Al estar en la libertad de autoproyectarse, el individuo puede ser bien sea único o no. El individuo es autonomía, o bien desaparece. Así pues, en los casos en que la existencia se resuelve en el desempeño de un papel previamente dispuesto no existe un sujeto auténtico. Por ello, la mera esfera del mercado no es suficiente para producir individuos, a pesar de que produce una riqueza inaudita.

La ideología más difundida (más que dominante) sostiene lo contrario, pero miente. En el simple traficar el individuo es todavía inexistente, ya que cada sujeto debe plegarse a la voluntad vinculante del mercado. El homo economicus es

indiferente por propia esencia ya que, desde el punto de vista del enriquecimiento y del consumo, todos los hombres valen como réplicas de un modelo único. El éxito sólo mide la mayor habilidad o menor suerte en el conformarse con el mecanismo idéntico. El aquellarre de la desigualdad puede juntarse con el jolgorio del conformismo, y hasta nutrirlo. Sin embargo, todavía no hay cabida para la libre diferencia. Así pues, el hombre de la sociedad civil no se vuelve individuo mientras siga siendo privado, sino sólo si puede participar libre y efectivamente en la esfera de la comunicación y la decisión pública. Sólo en el horizonte de un poder compartido y simétrico puede hacer valer su diversidad irreductible. Y viceversa: las instituciones políticas, si quieren ser para el individuo, tienen la tarea de garantizar y alentar el ejercicio de las diversidades. En consecuencia, deben permitir que el sujeto tenga la posibilidad de escoger por vocación su trabajo y estilo de vida, y de revocar las diversidades escogidas, y de vagabundear en la diferentes esferas de la existencia. Deben asegurarle a cada uno las condiciones técnicas de tanta libertad, aunque también, y de manera preliminar, los instrumentos crítico-culturales para que no se transformen en frívola letra muerta.

Las instituciones políticas deben cultivar e inocular el virus taumatúrgico de la herejía.

Herejía contra individualismo

Las instituciones políticas deben entonces cultivar e inocular sistemáticamente el virus taumatúrgico de la herejía, veneno irrenunciable para la salud del individuo. De hecho, cada opinión es, por esencia, herética con respecto a la otra, y no es por azar que el derecho a la herejía constituye el antecedente histórico (además que lógico) de la convivencia democrática. El proyecto del individuo es pues este proyecto, imperiosamente exigente, sin el cual la palabra individuo no se habría vuelto un valor, y mucho menos sinónimo de dignidad. Así pues, no hay ningún equívoco: individuo no coincide con individualismo. Más bien, y éste es un punto crucial que nunca se resaltará lo suficiente, el término «individuo» va en contra de cada vulgata que se propague (individualista y anti-individualista). En efecto el individualismo es quizá la ideología que vanifica al individuo como diferencia, ya que reduce al ente a réplica de un mismo original (homo economicus y/o voluntad de poder).

El individualismo conoce y celebra exclusivamente la hybris del prevalecer. Pero en esta unidimensión, la autonomía se apaga en la competencia entre homólogos indiferentes. Contra esta amputación, típica del liberalismo conservador, izquierda

quiere decir individuo. El compromiso irrevocable con el fin de que todos sean individuos. El individuo como cada uno entonces, y no como alguien en perjuicio y como negación de los demás. Además, y más exactamente: izquierda indica la praxis que efectivamente aborda al individuo como condición humana, como experiencia existencial concreta de cada miembro del género homo sapiens. Una primera consecuencia de ello, irrevocable, es que el individuo es anulado al nacer si no viene al mundo con iguales oportunidades, por lo menos con respecto a lo que lo define: poder compartido y libre elección de vida. Esta igualdad concreta y comprometida no es un accesorio de las libertades, sino el hábitat irrenunciable de la diferencia, sin el cual no se da el individuo sino el privilegio. Es decir, exclusión de la condición de individuo.

La izquierda puede entonces concebirse como la parte política que lucha con intransigencia con el propósito de que las instituciones promuevan, alienten y garanticen la condición de individuo para todos. Por lo demás, esto y no otra cosa es una república: un país donde todos son ciudadanos, ante todo y por encima de todo y, sólo después, entes privados. Un país en el que a cada uno se le permite la condición de hereje cómodo. Se podrá entonces hablar de una sociedad a la medida del individuo sólo si, y en la medida en que, las instituciones garantizan a todos, como parte de los derechos civiles tradicionales (pero todavía más tradicionalmente desatendidos), todos los nuevos derechos «sociales». En efecto, los segundos son irrenunciables, no menos que los primeros, por la construcción del individuo como diferencia. Lo demás es habladería ideológica conservadora, que usa la bandera del individuo para cubrir el privilegio.

Derechos civiles contra naturaleza

Los ámbitos fundamentales en los que se ha de actuar son conocidos - y además obvios -: salud, vivienda, educación. En efecto, toda igualdad de oportunidades se vuelve una burla si todos, en absoluto, no son iguales por lo menos ante la enfermedad y la muerte y, por ende, ante las posibilidades de curarse. Justamente la aceleración del progreso en el campo de la medicina transformaría en algo monstruoso la desigualdad si el acceso a la atención médica estuviera regulado por la renta, y en algo desmedido con respecto al pasado, cuando los abismos del privilegio se veían cíclicamente colmados por la «gran igualadora», contra la cual el castillo opulento era tan inerme como la humilde cabaña.

Por lo demás, una morada en la que cada quien sea soberano constituye el requisito mínimo que va de la mano del propio desarrollo de la idea de autonomía:

ser «rey en su propia casa». Sin una vivienda acogedora y segura, vivible, no se da ni individuo ni ciudadano, sino todo lo contrario: personas materialmente en el exilio. Y por último, sin un acceso efectivamente igual a la cultura y a todos los niveles de instrucción, las diferencias de oportunidades vinculadas a los diferentes contextos familiares se agrandarán enormemente, en lugar de corregirse. Mientras que de lo que se trataría es de borrarlas, hasta llegar a la abrogación tendencial de toda herencia, si el compromiso liberal para lograr una igualdad de oportunidades desde el principio no desea degenerarse en retórica.

En resumen, si hay individuo, entonces se tienen estos derechos. Todos y para todos, ya que son ineludibles justamente dado el individuo. Pero los derechos sociales son muy frágiles porque están radicalmente en contra de la naturaleza. Al igual que los civiles, dicho se a de paso. Así pues, ambos tipos de derechos deben reconocerse y custodiarse de una forma más obsesivamente obstinada. Véase esto: detesto tu opinión pero lucharé hasta morir por tu derecho a expresarla. La formulación de Voltaire evidencia el carácter absolutamente innatural de la libertad de opinión. En el corazón del hombre todo tiene repercusión, excepto la tendencia espontánea de luchar a muerte para permitir que se exprese el detestable error ajeno. Para que éste sea acogido como opinión legítima es necesario, ante todo, rebajar la verdad de uno a incerteza. Mas esto no alcanza. Esta terrible mortificación del narcisismo espiritual propio debe asumirla cada quien como la única verdad existencial irrenunciable de una convivencia para individuos, verdad que entonces no es nada débil y operación de humildad que no es nada fácil.

Como va en contra de la naturaleza, la tolerancia implica, por encima de todo, un poder público intratable al garantizar todos los «errores». Un poder a la medida del disidente. Es decir, un poder que exija ante todo límites al propio poder, así como también equilibrios y controles. Un poder que auspicie, y no sólo tolere, una prensa libre y crítica (que persiga, como decía Jules Michelet, «la misión extremadamente útil, extremadamente grave y trabajosa, de una censura constante sobre los actos del poder», lo que vale de manera exponencial para la televisión). Un poder que reivindique y apoye a una magistratura independiente, sujeta sólo a la ley y, por ende, «incómoda» para el propio poder. Un poder que pida transparencia a sus propios actos, y la garantice activamente, y que proporcione con ello instrumentos contra su propia corrupción.

Sin embargo, esto implica un ethos difundido del no conformismo, promovido por las instituciones, que hay que tutelar y alentar más allá de las metrópolis anónimas, hasta los pueblos interiores de la provincia. Es decir, el conocimiento, traducido en

instituciones irremovibles, de que en democracia el consenso, el principio de mayoría, es decisivo pero va de segundo. El primero es el respeto de los derechos civiles que ofrecen garantía a cada uno como disidente contra cualquier pretensión de la mayoría.

Izquierda significa legalidad

La izquierda es entonces, y sobre todo, legalidad, porque la legalidad es el poder de los sin poder y hasta su bien material por excelencia. Como confirmación, una fenomenología sumaria. Allí donde manda el clan mafioso, o también el gang juvenil, el restablecimiento de la legalidad es realmente el rescate elemental de la alternativa más humillante: el sometimiento de la violencia organizada a la lógica o el heroísmo insensato dentro de una cotidianidad hobbesiana. Sin embargo, sin llegar a tanto, toda corrupción o prevaricación no castigada, todo derecho violado de hecho, toda justicia denegada constituye un aprovechamiento y un empobrecimiento del sin poder. Si se destruye al enfermo maltratado como un número, al marginado y sin hogar que no encuentra seguridad en el policía, sino más bien más amenazas, al trabajador al que el empresario le impone pactos leoninos y contratos incumplidos, al ciudadano objeto de especulación, entonces la naturaleza y los monumentos pierden materialmente algo. Legalidad quiere decir ante todo sanción más rigurosa en la medida en que sea mayor el poder de los que violan las leyes. Exactamente lo opuesto, dicho sea de paso, de lo que acontece en las democracias realmente existentes. Está claro entonces que la legalidad tiene poco que ver con law and order, política que siempre pretendió privilegiar el orden del establishment y de todos los intereses constituidos, aun manipulando las leyes. Law and order es sólo la liturgia de la legalidad, que niega la carne de la legalidad y con ello también su espíritu.

El «casi nada» de la libertad

Parecía paradójico hacer coincidir izquierda con compromiso en pro del individuo. No obstante, tan pronto como se toma al individuo en serio, afuera y contra la caricatura que hace de ello la ideología individualista conservadora, la paradoja no se cumple. Llegado este momento, se plantea una objeción de fondo no hacia la identificación de izquierda e individuo, sino contra la idea misma de individuo. Este autoproyectarse libre sería sólo espejismo y quimera. Delirio de narcisismo, y no voluntad autónoma: estamos desechados, más bien. En la existencia humana todo es contexto y necesidad. Destino, en última instancia. Ni siquiera se sabe con qué soñaremos esta noche, y mucho menos decidimos los cromosomas de nuestro ADN, por no hablar de la cultura que nos asigna la historia y la sociedad, y que desde niños confundimos con hábitat natural de verdad. Y sin embargo,

justamente porque tenemos que reconocer la libre voluntad del individuo como un casi nada, tanto más las instituciones que se proclaman liberales, así como también una sociedad que se declara abierta, protegerán y cultivarán este frágil y fragmentario territorio de autonomía. La razón es que este casi nada es después el único preciosísimo e irrenunciable todo por el que, contra la naturaleza, decidió comprometerse la democracia.

Por lo demás, históricamente el término «izquierda» nace con la revolución francesa, o sea como signo taquigráfico de los «principios inmortales» de libertad, igualdad y fraternidad. Valores éstos que debe asumir la izquierda, más que nunca, en esta secuencia lógica. La libertad (las libertades) ocupa el primer lugar, aunque acarree la igualdad y la fraternidad. Esto quiere decir, ciertamente, que si no se derivan de ella las consecuencias de igualdad y fraternidad, se traicionarán y comprometerán las mismas libertades. Sin perspectiva igualitaria se pierde también la lógica libertaria. Pero también, y sobre todo, se olvida que igualdad y fraternidad pueden interpretarse sólo bajo el signo de las libertades, o sea en una acepción rigurosamente antiautoritaria (y a fortiori antitotalitaria). De lo contrario, todo el signo taquigráfico de los valores se convertiría en su opuesto. En la dictadura, aunque sea en nombre del proletariado, no se da nunca igualdad y mucho menos fraternidad, sino un exasperado privilegio de nomenclatura y serialización atomística extrema de las relaciones sociales. En conclusión, la igualdad como igualdad de oportunidades iniciales, y la fraternidad como supuesto común del ethos del disidente, en un espacio público simétrico y compartido.

Este signo taquigráfico de valores se apoya en un compendio de actitudes emotivas que se puede resumir como indignación hacia lo existente. La izquierda es por consiguiente, en su primera acepción y más profunda, esta emoción y el rechazo resultante a considerar la injusticia social como una fatalidad inextirpable (como un pecado original). Si no se disipa en el utopismo palingenético, la indignación puede ser incluso, como lo recordaba Merleau-Ponty, un modo de conocimiento.

Sin perspectiva igualitaria se pierde también la lógica libertaria.

Marxismo y conformismo

La elección de la izquierda se fundamenta pues en un presupuesto ético-emotivo que después es su fuerza y concreción. En cambio, el marxismo considera que su fragilidad reside allí. En efecto, desprecia todo proyecto que considera moralista y

utópico. A ello contraponen la objetividad del proceso histórico, habiendo descubierto el marxismo la clave de su férrea dialéctica. El comunismo es entonces para Marx sólo «el movimiento real que echa por tierra la situación presente». En consecuencia, la lucha de los hombres debería sólo acompañar lo que ya está inscrito en los cromosomas del devenir, y únicamente podría «acortar los dolores de parto». No obstante, con ello Marx contradice y repudia su propio programa, que en la célebre undécima tesis sobre Feuerbach proclamaba que los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de manera diferente, pero de lo que se trata es de transformarlo. Ya no tiene sentido hablar de transformación de la realidad, de hecho, si la obediencia al curso preestablecido y objetivo de las cosas sustituye al compromiso con objetivos elegidos e inciertos.

Por lo demás, este supuesto realismo es completamente arbitrario. Sirve para que Marx le dé la apariencia de fundamento científico a una opinión que sigue siendo eminentemente, aunque a veces subrepticamente, filosófica. En efecto, en Marx se identifica una categoría analítico-económica, el capital variable, con una clase social, el moderno proletariado de fábrica. Mas este último no coincide en absoluto con el conjunto de trabajadores reales que pasan el día en la línea de montaje a cambio de un salario. Como el proletariado, al igual que el capital variable, tiene que desempeñar un papel dialéctico, prefijado, es decir representar la contradicción que condena al sistema capitalista a la disolución, la clase obrera auténtica estará integrada sólo por los trabajadores dotados de conciencia de clase. En otras palabras, estará constituida únicamente por la fracción de la clase obrera que haya adoptado el punto de vista de Marx. Es obvio entonces que esta clase obrera pueda presentarse después como la heredera de la filosofía clásica alemana, el instrumento por medio del cual podrá volverse verdad lo universal en la historia. El sujeto social que pretende ya no mejorar su propia condición, sino abrogarla abrogando el propio capital.

Justamente esta reducción de los trabajadores concretamente existentes (y concretamente «exprimidos» en las fábricas) a categoría filosófica abre el camino a la concepción del partido leninista y a la praxis totalitaria. Esta oculta precisamente el carácter de «tener que ser», de elección, que caracteriza a toda preferencia ética y los objetivos políticos consiguientes, despachándola en cambio como objetiva y científica «verdad». Desde esta óptica, que es decisiva, el marxismo representa sobre todo una versión particularmente eficaz de cognoscitividad ética, porque más que cualquier otra filosofía e ideología anula el tener que ser en el ser (o sea ese sucedáneo de Dios que para el marxismo es la totalidad de la historia). Es válida también como ilustración patente del potencial totalitario que cada

cognoscitivismo ético trae consigo como una sombra, justamente porque puede pretender imponer su propia opinión moral como verdad objetiva.

Feminismo, multiculturalismo, lógica del Uno

En suma, desconocimiento de la identidad individual concreta en beneficio de la colectiva (la clase); reducción de ésta a una mera categoría filosófica; ostracismo hacia el disidente y exclusión del mismo de la identidad-comunidad; coincidencia de la verdad con la ideología y, por ende, con la autoridad legitimada para interpretarla y administrarla. Este es el trabajo de la lógica del Uno, que pretende emancipar toda la humanidad, en lugar de abordar para todos la condición de individuos. Contra ésta, la perspectiva del reformismo libertario no sólo evita el riesgo totalitario inherente a la lógica del Uno, sino que se revela mucho más ambiciosa, más comprometedora, más exigente, desde el punto de vista de la propia emancipación, con respecto a cualquier atajo comunitario. El problema no es en absoluto académico, dado que la moda del politically correct ya ha hecho mella en grandes sectores de la izquierda europea, y está imponiendo la sociedad multicultural como objetivo deseable y progresista.

En efecto, a simple vista el multiculturalismo enarbola la bandera de la diferencia radical. No obstante, ésta se convierte inmediatamente en conformismo arraigado, en identidad forzosa. Las únicas diferencias exaltadas como inalienables, y por ende admitidas, son las colectivas, a saber: el género, la etnia, la preferencia sexual eventualmente. Nunca el individuo como disensión con respecto a la identidad del grupo. La analogía con el qui pro quo marxista entre obrero real y «clase» es impresionante. El feminismo proclama la necesidad de reconocer la diferencia de género. Sin embargo, la mujer real que se negara a reconocerse en esta identidad sería declarada por la ideología feminista como una mujer sui generis, porque no estaría dotada de «conciencia de género». Sería una mujer que no es auténticamente mujer porque todavía está fascinada por el modelo machista. Exactamente igual que lo que ocurre con el obrero no leninista, que Lenin declara como infiltrado por la pequeña burguesía en el seno de la clase obrera. En realidad, el feminismo no pide el reconocimiento de la diferencia de la mujer, sino que impone a la mujer la ideología de la diferencia como criterio discriminante entre mujer conciente y mujer-Tío Tom. Por lo demás, ocurrió lo mismo con el radicalismo negro. Lo mismo está sucediendo con el homosexual que no opte por «destaparse».

Es más, como no existe una sola ideología feminista (o negra, u homosexual), sino diferentes tendencias en competencia recíproca, cada una pretenderá ser la única que represente la conciencia adecuada y por ello «verdadera». Así pues, excomulgará a las otras, con acusaciones recíprocas de rendición ante el enemigo. También éste es un *déjà vu* del marxismo leninismo. Las ideologías de la diferencia en realidad aniquilan la diferencia. Esta lógica funciona con una radicalidad todavía más devastadora si se aplica en referencia a las etnias. Aquí el sometimiento del individuo al grupo, la determinación heterónoma de su voluntad, celebra su aquelarre. La tutela de la diferencia como atributo de una cultura-comunidad, en lugar de atributo de individuos, equivale en realidad a aceptar las normas y costumbres del grupo como sean. Si se pretendiera discriminar en el interior de cada cultura las normas aceptables con respecto a las «bárbaras e inciviles», se ejercería justamente el vituperado «imperialismo de la asimilación», que juzga repugnante lo que en otras culturas es una tradición venerable.

Violencia e identidad colectivas

La idea de un multiculturalismo liberal es totalmente ilusoria entonces porque evita medirse justamente con las normas «repugnantes» que, en las «demás» culturas, violan clamorosamente los derechos civiles del individuo. Sin embargo, proclamar la igual dignidad de todas las culturas y descuidar las prácticas iliberales presentes en ellas es un mero recurso tautológico. El multiculturalismo tomado en serio tiene que vérselas no con el alcuzcuz sino con la lapidación de las adúlteras y la poligamia, no con el velo sino con la clitoridectomía y la infibulación, y tal vez con la pretensión de que tales mutilaciones rituales se practiquen en los hospitales públicos porque son un «derecho» público de la niña.

En estos puntos resaltados no hay nada de caricaturesco. La discusión acerca de la compatibilidad entre lógica de los derechos civiles y lógica del multiculturalismo sigue siendo seria sólo si le hace frente a los casos cruciales, los cuales son mucho más numerosos que los particularmente trágicos que se acaban de recordar. En cada uno de ellos, se trata de escoger si de primera está la diferencia como individuo o la diferencia como cultura. Mas en el primer caso se está irremediamente fuera de la lógica del multiculturalismo, al que se le rendiría sólo un homenaje verbal (y de todas formas ambiguo, y por ende peligroso). La lógica de la sociedad multicultural es la de una sociedad dividida progresivamente en guetos, donde cada identidad-comunidad ofrece en efecto protección, pero onerosa, porque ante todo se protege contra cualquier comportamiento no

conformista, no obediente de la tradición, que pueda minar su unidad y estabilidad. En definitiva, optar por el multiculturalismo, como dicho sea de paso por toda la ideología del políticamente correcto, constituye en realidad el sucedáneo consolador de una revolución fallida: la de los derechos civiles y de la ciudadanía cumplida para todos. Además expresa, aunque en forma militante, la resignación ante tal derrota, corriéndose así el riesgo de transformarla en definitiva.

Tratemos de atar cabos. La izquierda no tiene nuevos objetivos que descubrir. La libertad, la igualdad y la fraternidad se dan más que por descontadas. A ellas no queda nada que agregarles, si se quiere. Se trata «sólo» de tomarlas en serio y de inventar una praxis adecuada. Así pues, izquierda quiere decir coherencia, fidelidad reformadora a dichos valores. Una actitud, dicho sea de paso, bastante más comprometedor que toda lógica «revolucionaria». Un reformista acepta ser juzgado con base en hechos, con base en lo que realiza (o no realiza). No tiene coartadas, y ha renunciado a invocarlas ya que el reformismo sin reformas es una contradicción en sus términos. Tal reformista será entonces responsable de las reformas fallidas.

En cambio, un revolucionario podrá seguir proclamándose tal, con la buena conciencia de perfecta «alma bella», aun si sus revoluciones fracasan o se degeneran: la responsabilidad será en realidad de la historia, de las condiciones objetivas aún inmaduras, de la traición de los enemigos del pueblo, y pare usted de justificar. Sin embargo, ello no invalidará la idea de revolución, que se habrá de reproponer de tal o cual manera, y que se realizará la próxima vez. La revolución fallida es siempre y sencillamente una revolución postergada.

La lógica de la sociedad multicultural es la de una sociedad dividida progresivamente en guetos, donde cada identidad-comunidad ofrece en efecto protección.

Izquierda como revolución liberal

Cerremos el paréntesis y retomemos el tema. Hoy, no obstante, la coherencia podría no bastar más. Los valores del año de 1989 parecían adquiridos hasta apenas ayer. Por lo menos retóricamente, los proclamaba incluso el que los pisoteaba. Así pues, la derecha y la izquierda figuraban con respecto a un patrimonio verbalmente común y universal, como dos actitudes más que como dos partidos: hipocresía y coherencia. Mas esos mismos valores, precisamente porque fueron burlados durante mucho tiempo en la práctica, desatendidos, traicionados

por los establishment (y también por los críticos de los establishment y por las oposiciones), terminaron por ser rechazados incluso en teoría, como mentirosos. En consecuencia demasiados hombres, privados de la ciudadanía prometida, rehabilitan en todas partes las banderas iliberales de los vínculos de tierra y sangre y fe, en un multiplicarse de intolerancia y guerras. El orgullo por las pertenencias y el separatismo no es entonces únicamente el cómodo y renunciante sucedáneo de la lucha para aproximarse a la condición de ciudadanía universal. Tal orgullo constituye, a pesar de toda intención óptima y opuesta, un incentivo y un empujón hacia este nuevo clima trágico «hobbesiano».

La conclusión puede ser decepcionante para algunos intelectuales: en la izquierda no hay casi nada nuevo que decir, sino casi todo por hacer. En realidad, este trabajo de Sísifo se refiere también a la teoría, en vista de que regresan los mismos espectros, aunque con atuendos mucho más cautivantes. A ellos se contraponen la izquierda como revolución liberal permanente, ya que el individuo sigue siendo la crítica más intratable contra la sociedad del privilegio y del conformismo. Su bandera podría y debería ser la de Albert Camus: *solitaire, solidaire*, la conciencia de la insensata finitud de la existencia, y el compromiso por realizar en ella un sentido frágil provisional e irrenunciable, a través de la experiencia compartida de la democracia tomada en serio.

Traducción: Francesca Lo Truglio